

Buzot y Robespierre decían que era preciso crear un alto tribunal nacional. Mirabeau se aventuró á decir que todas estas medidas eran impotentes y que lo absolutamente necesario era *hacer fuerte al poder ejecutivo* y no dejarle que se prevaleciera de su propio anulamiento.

¡He aquí el 21 de Octubre! ¡Qué camino tan largo el recorrido desde el día 6! En quince días el rey había recobrado tanto terreno, que el audaz orador colocaba, sin protestas, la salvación de Francia en la fuerza de la realeza.

Lafayette escribía al Delfinado, al fugitivo Mounier, quien se lamentaba del cautiverio del rey y apoyaba la guerra civil: «Que el rey no estaba cautivo, que habitaría ordinariamente en la capital, pero que reanudaría sus cacerías.»

Esto no era mentira. Lafayette, efectivamente, rogaba al rey que saliera, que se mostrara, que no autorizara con una reclusión voluntaria el rumor de su cautiverio.

No hay duda alguna que en aquella época Luis XVI hubiera podido con facilidad retirarse á Rouen, como le aconsejaba Mirabeau, ó á Metz, al ejército de Bouillé, como la reina deseaba.



CAPITULO II

Resistencias.—El clero (Octubre-Noviembre 1789)

Grandes miserias.—Necesidad de tomar los bienes del clero.—El clero no era propietario.—Reclamaciones de las víctimas del clero; religiosos y religiosas, protestantes, judíos y comediantes

El sombrío invierno en que entramos no fué tan atrozmente frío como el de 1789: Dios tuvo piedad de Francia.

No hubiera habido ningún medio de resistir y vivir. La miseria había aumentado; no quedaba ninguna industria, ningún trabajo.

Desde aquella época los nobles emigran ó abandonan, cuando menos, sus castillos, y creyendo poco seguros los campos, van á establecerse en las ciudades, donde se encierran y esconden esperando los acontecimientos; muchos se preparan á huir y liquidan sus bienes y hacen sus maletas, poco á poco, sin ruido.

Si alguna señal de vida dan en sus dominios es sólo para pedir, no para aliviar y calmar; los más osados se atreven á pedir lo que se les adeuda, los atrasos de los derechos feudales.

El dinero se esconde, el trabajo cesa, la mendicidad aumenta pavorosamente en las ciudades; ¡solo en París hay cerca de doscientos mil mendigos! Y si no se obligara á cada municipalidad á mantener sus pobres, millones de hombres llegarían á París con la mano extendida pidiendo limosna.

Durante todo el invierno todos los pueblos se esfuerzan por mantener sus pobres, hasta agotar todos los recursos; los ricos, como no cobraban nada, descienden hasta el nivel de los pobres. Todos se quejan, todos imploran á la Asamblea nacional. Si continúan las circunstancias igualmente, la Asamblea tendrá que resolver el problema de alimentar nada menos que á todo el pueblo, á toda la nación.

Pero el pueblo no puede morir. Antes que tal suceda, hay un recurso, un patrimonio en reserva, al que no se ha tocado. Para esto precisamente, para alimentar al pueblo hicieron nuestros caritativos ante-

pasados las fundaciones religiosas y dotaron con lo mejor de sus bienes á los dispensadores de la caridad, á los eclesiásticos.

Y estos han guardado y aumentado tan bien el capital de los pobres, que alcanza á una quinta parte de los terrenos del reino, valuada en cuatro mil millones.

El pueblo, este pobre tan rico, llega hoy llamando á las puertas de la Iglesia, su propia madre, pidiendo parte de unos bienes que le pertenecen por entero... ¡*Panem!*, ¡*propter Deum!* Sería cruel dejar al propietario, al hijo de la casa, al heredero legítimo morir de hambre sobre el desnudo suelo.

Si sois cristiano, dad; los pobres son los miembros del rebaño de Cristo. Si sois ciudadano, dad; el pueblo es la patria viva. Si sois honrado, devolved; porque lo que tenéis no es más que un depósito.

Devolved... y la nación os dará centuplicado. No se trata de arrojaros en el abismo para cegarlos. No se os pide que, nuevos mártires, os inmoléis por el pueblo. Se trata al contrario, de acudir á vuestro socorro y salvaros á vosotros mismos.

Para comprender esto es preciso saber que el cuerpo del clero, monstruo de riqueza, comparado con la nación, era también en sí mismo un monstruo de injusticia y desigualdad.

Aquel cuerpo, de cabeza enorme, engordada de sangre y de grasa, era, en sus miembros inferiores, delgado, seco y famélico.

En tal sitio, el sacerdote tenía un millón de rentas, y en tal otro doscientos francos.

En el proyecto de la Asamblea, que no apareció hasta la primavera, todo esto quedaba arreglado. Los curas y vicarios del campo recibirían del Estado cerca de sesenta millones y los obispos tres solamente.

Por esto ¡ah!... la religión perdida, Jesús montado en cólera, la Virgen llorando en las iglesias del Mediodía, de la Vendée, toda la fantasmagoría necesaria para empujar á los campesinos al motín y á los asesinatos.

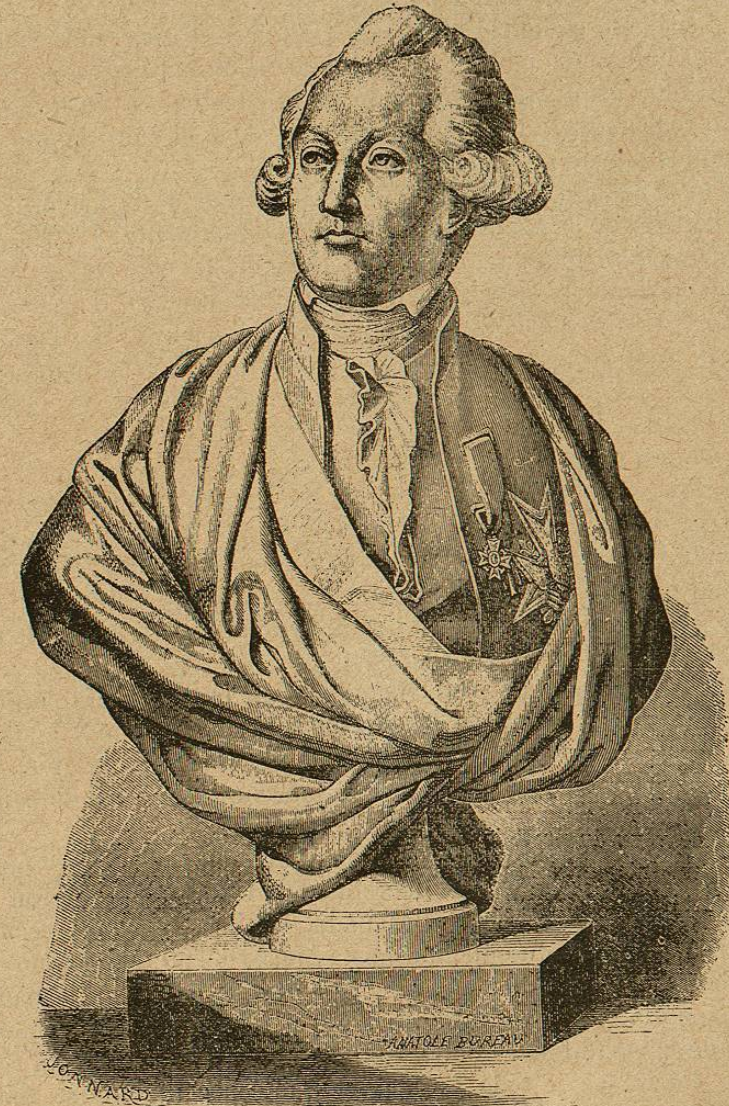
La Asamblea quiso todavía dar treinta y tres millones de pensión á los monjes y á las religiosas y doce millones á los eclesiásticos pobres y desamparados, etc. Llevó el presupuesto general del clero á la suma enorme de ¡*ciento treinta y tres millones!*, que por defunción de los beneficiados habría de irse reduciendo á la mitad; esto era hacer las cosas á largo plazo.

El curato más ínfimo debía tener (sin contar la habitación, presbiterio y jardín) mil doscientas libras anuales.

Hablando en verdad, todo el clero (menos algunos centenares de hombres) hubiera pasado de la miseria á tener sus necesidades cubiertas, de modo que lo que se llamó expoliación del clero era el enriquecimiento.

Los prelados hicieron una hermosa defensa heroica. Tuvieron necesidad de librar tres batallas (Octubre, Diciembre y Abril) para deducir de tales combates que la restitución era sencillamente un acto de justicia.

Allí se pudo ver perfectamente dónde tenían aquellos hombres de Dios su vida y su corazón: *en la propiedad*. ¡La defendieron como los primeros cristianos habían defendido la fe!



EL MARQUÉS DE BOUILLÉ

Les faltaban argumentos, pero no retórica con que endulzar profecías amenazadoras... Si tocáis á una propiedad santa y sagrada entre todas, todas las demás estarán en peligro, porque el derecho de propiedad perecerá en el espíritu del pueblo... ¡El pueblo va á venir mañana á pedir la ley agraria!...

Otro decía con dulzura: «Si arruináis al clero no ganaréis gran cosa, porque el clero está pobre, y lleno, además, de deudas; sus bienes, pasando á otras manos, no siendo administrados por el clero mismo, no podrán nunca pagar estas deudas.

La discusión comenzó el 10 de Octubre. Talleyrand, obispo de Autun, que había sido agente del clero en todos sus negocios, rompe el hielo el último, esquivando el fondo de la cuestión, aventurándose en un terreno resbaladizo, diciendo solamente: «Que el clero no era propietario como los demás propietarios.»

A lo cual agregó Mirabeau: «La propiedad es de la nación.»

Los legistas de la Asamblea probaron sobradamente: 1.º Que el clero no era propietario (pudiendo usar, no abusar); 2.º Que no era poseedor, puesto que el derecho eclesiástico le prohibía poseer; 3.º Que no era usufructuario, sino depositario, administrador y á lo sumo dispensador.

Lo que produjo más efecto que la discusión de estas palabras, fué que apenas se comenzó á escarbar alrededor del árbol de la Iglesia, se vió cuanto había encubierto su sombra de injusticia y barbarie.

En tiempos de la Revolución el clero tenía todavía siervos y esclavos. Había pasado todo el siglo XVIII, habían pasado Rousseau y Voltaire y todos los libertadores... ¡Y el sacerdote tenía todavía siervos!

El 22 de Octubre, uno de ellos, Juan Jacobo, anciano venerable de más de ciento veinte años, casi inmortal, fué llevado por sus hijos á la Asamblea, donde pidió el favor de que le dejasen expresar su agradecimiento por los decretos del 4 de Agosto.

Grande fué la emoción. La Asamblea nacional entera se puso de pie delante de aquel venerable decano del género humano y le obligó á sentarse y á cubrirse... Noble respeto de la ancianidad y también reparación para el pobre siervo, para una tan larga injuria á los derechos de la humanidad.

Aquel viejo había sido siervo medio siglo bajo Luis XIV y ochenta años después lo era todavía; los decretos del 4 de Agosto fueron solamente una declaración general, pero nada de ellos se había ejecutado.

La servidumbre no fué abolida hasta Marzo del 90; el anciano murió en Diciembre, y por esto el último de los siervos no vió la libertad.

El mismo día, 23 de Octubre, M. de Castellane, aprovechándose de la emoción de la Asamblea, pidió que fuesen visitadas las treinta y cinco prisiones de París, las de toda Francia, y que especialmente se abrieran las prisiones más ignoradas todavía, más profundas que las bastillas reales, los calabozos eclesiásticos.

Aunque tarde, llegaba el día de resurrección en que el sol iluminaría los misterios, en que el rayo bienhechor de la ley aclararía por primera vez aquellas justicias de las tinieblas, aquellos fosos profundos, aquellos *in pace*, donde en sus furiosos odios de claustrados, en sus amores más atroces aún que sus odios, los frailes enterraban á sus hermanos.

¿Pero los conventos enteros eran otra cosa que profundos *in pace*, donde las familias arrojaban y olvidaban miembros suyos que estorbaban y eran sacrificados en beneficio de los otros? Estos infelices no podían como el anciano siervo hacerse conducir á la Asamblea nacional, pedir la libertad y orar en la tribuna en vez de hacerlo en el altar...

Con grandísimos trabajos y riesgos, desde lejos y por cartas, se atrevían á quejarse. El 28 de Octubre escribió una religiosa, tímidamente, en términos generales, no pidiendo nada para ella, pero rogando á la Asamblea que legislara sobre los votos eclesiásticos. La Asamblea no se atrevió todavía á tomar partido; se contentó con suspender la emisión de los votos, cerrando así la entrada en los conventos á nuevas víctimas.

¿Cómo se hubiera apresurado á abrir las puertas á los tristes habitantes de los claustros si hubiera sabido el estado de desesperación á que habían llegado los infelices!

Antes he hablado de que las desconfianzas del clero habían merinado y reducido la vida de los pobres religiosos. No teniendo aire vital que respirar se morían, careciendo de pan y de amor y hasta de religión... La muerte, el olvido, el vacío, nada hoy, nada mañana, nada en el día, nada en la noche. Un confesor algunas veces y un poco de libertinaje... ó se arrojaban de bruces en la orilla opuesta; del claustro á Rousseau y á Voltaire, en plena revolución...

He visto muchos incrédulos, y los que tenían fe la seguían enardecidos... Testimonio de ello la señorita Corday, nutrida en el claustro con Plutarco y Emilio, bajo los votos de Matilde y Guillermo el Conquistador.

Fué aquello como un ensueño de todos los infortunados; todos los infelices de la Edad Media aparecieron enfrente del clero, el universal opresor.

Los judíos, perseguidos, odiados, sometidos á castigos depresivos, fueron á preguntar á la Asamblea si eran hombres. Abuelos del cristianismo, tan duramente tratados por sus hijos, pertenecían también, en cierto sentido, á la Revolución francesa, que, como reacción del derecho, debía inclinarse ante el derecho austero donde Moisés presintió el futuro triunfo del Justo.

Otra víctima de los prejuicios religiosos, el pobre pueblo de los comediantes, hizo también su reclamación. ¡Bárbaros prejuicios! Los dos primeros hombres de Francia y de Inglaterra, el autor de *Otelo* y el autor de *Tartufe*, ¿no eran dos cómicos?

El gran hombre que habló por ellos en la Asamblea nacional, Mirabeau, fué un comediante sublime. «¡La acción, la acción, la acción es todo en el orador!», ha dicho Demóstenes.

La Asamblea no decidió nada para los cómicos, nada para los judíos. Diéronle éstos pretexto para abrir á los *no católicos* el acceso á los empleos civiles, y así atrajo de extraños países á nuestros infortunados

hermanos los protestantes, expatriados por los bárbaros directores de Luis XIV.

La Asamblea prometió á los protestantes devolverles lo que se pudiera de sus bienes confiscados. Muchos volvieron al cabo de un siglo de destierro, hijos y nietos de los llamados culpables. Pocos encontraron su fortuna.

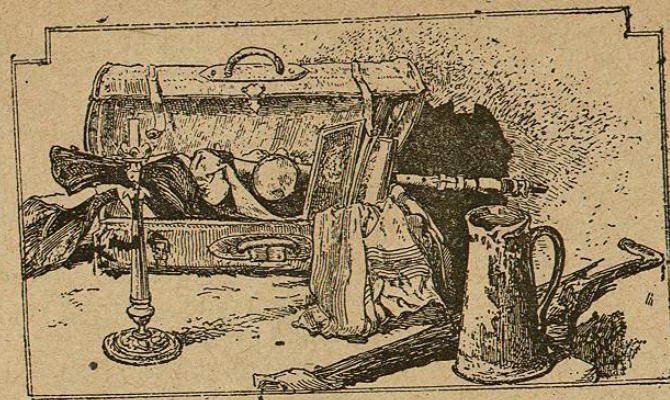
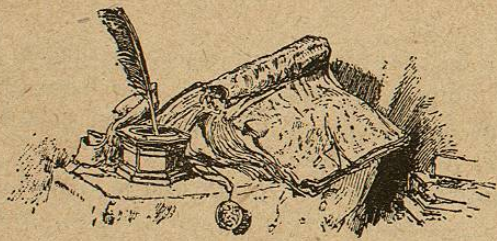
Lo que encontraron fué la igualdad, la más honrosa rehabilitación, Francia entregada á la justicia, Francia resucitada, sus parientes, amigos y correligionarios en primera fila de la Asamblea y Rabaut y Barnave en la tribuna.

Por una reacción demasiado justa, estos dos protestantes ilustres eran miembros del comité eclesiástico y juzgaban á sus antiguos jueces, disponían de la suerte de aquellos que descuartizaron, enrobaron, empostraron ó quemaron á sus padres. Por toda venganza propusieron votar ciento treinta y tres millones para el clero católico.

Rabaut Saint-Etienne era hijo del viejo doctor, del perseverante apóstol, del glorioso mártir de Cévennes, quien durante cincuenta años no conoció otro techo que el bosque y el cielo, perseguido como un bandido, pasando los inviernos sobre la nieve con los lobos, sin otra arma que su pluma, con la que escribía sus maravillosos sermones. Su hijo, después de haber trabajado bastantes años en la obra de la libertad religiosa, tuvo la dicha de votarla en la Asamblea. El fué también quien propuso el 9 de Agosto del 91 se proclamara la *unidad é indivisibilidad* de Francia...

Noble proposición que sin duda alguna todos hubieran hecho, pero que debía salir del corazón de nuestros protestantes, durante tanto tiempo y tan cruelmente divorciados de la patria.

La Asamblea llevó al protestante Rabaut á la presidencia y tuvo la insigne alegría de escribir á su padre octogenario esta frase de rehabilitación solemne, de honor para los proscritos: «El presidente de la Asamblea nacional está á vuestros pies.»



CAPITULO III

Resistencias.—Clero.—Parlamentos.—Estados provinciales

El clero llama á la guerra civil, 14 de Octubre.—La Asamblea reduce los electores primarios á cuatro millones y medio.—La Asamblea anula al clero como organismo y á los Parlamentos, 3 de Noviembre.—Resistencia de los tribunales.—Papel funesto de los Parlamentos en los últimos tiempos.—No admiten más que á los nobles.—Los Parlamentos de Rouen y de Metz resisten, Noviembre de 1789.

La discusión sobre los bienes eclesiásticos comenzó el 8 de Octubre. El 14 el clero tocó llamada á la guerra civil.

El 14 un obispo bretón y el 24 el clero de la diócesis de Tolosa. Llamada del Oeste, llamada del Mediodía.

No hay que olvidar que en este mismo mes de Octubre los preladados y los ricos abates de Bélgica, amenazados también en sus bienes, crean un ejército y nombran un general. Brabante y Flandes enarbolan la bandera de la cruz roja. Los capuchinos y otros monjes sugestionan á los labriegos, les predicán sermones salvajes, los embriagan en procesiones frenéticas y ponen en sus manos la espada y el puñal contra el emperador.

Nuestros labriegos eran menos propicios á lanzarse en un movimiento semejante. Generalmente son hombres de mejor juicio y más reflexivos que los belgas.

El viejo espíritu hacedor de fábulas y sátiras, el espíritu de Rabelais, poco favorable al clero, no ha muerto nunca en Francia. «El señor cura y su ama» es un libro inolvidable para las veladas de invierno.

De otra parte, el cura es más tolerado é indiferente que odiado. Los obispos, todos los nobles (Luis XVI no dió la mitra más que á los nobles) eran, en su mayor parte, hombres de vida escandalosa. No se satisfacían con sus condesas de provincia, que hacían los honores del palacio episcopal; corrían aventuras con las bailarinas de París.

Aquellas condesas ó marquesas, la mayor parte pertenecientes á la nobleza pobre, honraban muchas veces sus mediomatrimonios con méri-